

# UNO

*Glasgow, Escocia*  
*En la actualidad*

**M**i música impregnaba el aire y creaba una burbuja de melodía y familiaridad en una ciudad que todavía seguía siendo extraña para mí en muchos sentidos.

Era otro día nublado en Buchanan Street. Las nubes teñían de gris los edificios color beige y opacaban las construcciones de arenisca roja, que eran parte de la identidad de Glasgow.

Estaba cantando y tocando mi adorada guitarra acústica Taylor frente al centro comercial más importante, en el corazón de la ciudad. Me había instalado a una buena distancia de la entrada detrás de mí, para no molestar al personal, pero no tan lejos como para obstruir el paso de los peatones. A diferencia de otros artistas callejeros con los que competía a diario, no tenía un sofisticado sistema de parlantes portátiles con amplificadores y micrófonos. Dependía de la calidad de mi voz y de mis habilidades con la guitarra para atraer a la gente.

Nunca me consideré una molestia cantando en las calles de Escocia. De hecho, era el único momento en el que la ciudad no parecía extraña para mí ni yo para ella. Me sentía parte de un lugar que amaba la música. Si la arenisca roja era la piel de Glasgow, la música era el latido de su corazón. Mientras hacía las paces con la idea de que mi vida se había desmoronado, darle ritmo a su alma me regalaba momentos de felicidad.



A veces, la gente se quedaba escuchándome, en especial si estaba de buen humor y decidía hacerle algún pequeño cambio a una canción pop conocida. En general, eso sucedía los sábados, como hoy, cuando las personas estaban relajadas en vez de apresuradas por hacer sus compras durante la hora del almuerzo y regresar al trabajo.

De todas formas, la mayoría seguía caminando o dejaba algo de cambio en el estuche de mi guitarra mientras avanzaba deprisa. Incluso algunas personas lo dejaban como si se hubiera convertido en un hábito. No es que me molestara. A diferencia de esos artistas callejeros con sus sistemas de parlantes, yo de verdad necesitaba el dinero. No estaba intentando “ser descubierta” con la ayuda de mi mejor amigo, la cámara de su teléfono y YouTube.

Cantaba en la calle para comprar la cena. Y, si era un día particularmente bueno, para poder entrar al centro de natación y utilizar las duchas y el secador de cabello. Si no recaudaba lo suficiente, hacía lo que los indigentes locales llamaban un “baño de vagabundo”: me quitaba la ropa en mi tienda para acampar y utilizaba toallitas de bebé para limpiarme el cuerpo lo mejor que pudiera.

Mientras cantaba, le eché un vistazo a la funda de mi guitarra y di gracias al cielo porque parecía que me alcanzaba para tomar una ducha real.

En forma de agradecimiento, les asentí con la cabeza a un par de chicas cuando dejaron algo de cambio en mi funda, y seguí entonando la melancólica canción que había elegido para acompañar al clima: *Someone Like You*, de Adele. A la gente le encantaba y siempre atraía a una pequeña multitud. La tocaba cuando *de verdad* necesitaba dinero. Mi rango vocal es lo suficientemente amplio como para cantar Adele, pero no cualquiera sabe vender una canción. Tienes que ser capaz de sumergirte en la letra y entonarla como si tú la hubieras escrito. Lo que es mucho más sencillo hacer si compusiste la maldita canción. Durante mucho tiempo, solo interpreté mis propios temas, por lo que no era un problema para mí.

Hacer música en la calle era diferente. La gente no quería escuchar melodías desconocidas. Eso podría haberme molestado unos años atrás. No era muy buena poniéndome en el lugar del otro. O empatizando.

Ahora... bueno, ahora podía interpretar canciones tristes como si mi corazón estuviera partiéndose. Miré entre las pequeñas audiencias que se reunían a mi alrededor y vi más que algunas lágrimas en los ojos de extraños. Amaba esa parte de tocar en público: hacer que la gente *sienta*. Solo odiaba todas las otras porquerías que lo acompañaban.

Mientras cantaba sobre cómo vuela el tiempo y que el pasado fue el mejor momento de nuestras vidas, sentí esas palabras en lo más profundo de mi alma. Controlé un quiebre de mi voz en la palabra “vidas”, y encontré un rostro familiar en la multitud.

Ignoré el cosquilleo que me recorrió la columna al reconocerlo y no desvié la vista. Le canté a él y le dije, fulminándolo con la mirada, que no me podría importar menos que estuviera allí. No me asustaba. No me intimidaba. ¿Acaso no sabía que hoy en día era indestructible?

No sabía su nombre ni nada sobre él, salvo que tenía el tipo de presencia que hacía que todo a su alrededor se desvaneciera. Medía cerca de un metro ochenta y dos, no era demasiado alto. En realidad, no se destacaba por su altura, sino por su complexión atlética. Era una cualidad. No podía distinguir el color de sus ojos porque nunca se había acercado lo suficiente, pero parecían oscuros e intensos. Había cierta dureza en su semblante, una lejanía que no parecía encajar con su aparente interés en mis presentaciones. Hoy se ubicó al costado de la pequeña multitud, con las manos en los bolsillos de sus jeans. Incluyó un poco la cabeza mientras escuchaba con esa expresión distante.

Cuando llegué a la parte de “encontrar a alguien como tú”, alcé la mirada por encima de mi sombrero de fieltro hacia el cielo cada vez más oscuro. Mi tono era tan triste como las nubes allí alojadas. Una vez que la nota fa sostenido menor quedó merodeando en el aire, bajé la cabeza y dejé que los suaves aplausos llegaran a mí.



Casi de inmediato comencé a tocar una de mis canciones. Como dije, la mayoría de las personas quiere escuchar música conocida, pero yo también componía y era difícil para mí no cantar lo que realmente sentía al menos una vez en mis presentaciones. Además, durante las últimas semanas, noté que el extraño solo se marchaba después de que interpretaba uno de mis temas.

Extraño pero real.

Casi todos los que habían escuchado la balada de Adele se quedaron para mi canción animada, con ritmo alegre y letra triste. Cuando terminé, varias personas se acercaron para dejar monedas en la funda. Algunos me elogiaron y hasta me agradecieron. Era difícil ver a la gente que se alejaba sin ofrecerme ni un saludo, así que dejaba que se desvanecieran en mi periferia y les sonría a quienes tenían la amabilidad de darme algo de cambio.

Tenía suficiente dinero para comer, darme una ducha y lavar mi ropa.

Si alguien me pidiera un consejo para dormir en la calle, le diría cuán importante es mantener los pies limpios y secos y cambiarse los calcetines todos los días. Como había una lavandería a unos veinte minutos caminando de donde alzaba mi tienda y a diez minutos del centro de natación, podría tener mi ropa limpia y seca y mis calcetines frescos.

Las sonrisas de la gente me llenaron de satisfacción mientras les agradecía con mi acento inglés falso. Me salía bien, así que usaba ese. Si pudiera, habría fingido un acento escocés, pero siempre sonaba a irlandés con un dejo de australiano. ¿Por qué fingir en primer lugar? Bueno, no quería que nadie me reconociera; y si unían mi rostro y mi voz a un acento estadounidense, las cosas podrían complicarse.

Cuando la audiencia se disipó, decidí empacar por el día. Recién eran las tres de la tarde, pero tenía muchas ganas de darme una ducha. Además, las nubes parecían listas para atacar en cualquier momento y debía caminar casi una hora hasta el centro de natación. Mientras guardaba el dinero, me pregunté si se justificaba gastar en

el boleto de autobús. Si me empapaba, podría enfermarme y entonces, ¿qué diablos haría?

Eché un vistazo hacia las nubes y vi que una ya estaba preparada para dejar caer una multitud de gotas.

Sí, usaría el transporte público.

Sintiendo un cosquilleo conocido en la piel, alcé la mirada y vi que el tipo seguía allí parado con los brazos cruzados, estudiándome. Fruncí el ceño ante su actitud evaluadora.

Hacía unas cuatro semanas que venía a escucharme. Desde entonces, todos los sábados me observaba a la distancia. Sabía que no le atraía mi cuerpo porque no lucía muy bien estos días. Tenía que ser por mi voz, y eso me alteraba. Hacer música en la calle era riesgoso: solo bastaba que una persona me reconociera al oírme cantar.

Por eso fingía un acento.

¿Acaso este tipo me había descubierto?

*Vete al diablo*, intenté transmitirle telepáticamente.

Comenzó a caminar hacia mí. Me tensé mientras guardaba la guitarra en el estuche. Esto era nuevo.

Se detuvo a unos metros y me puse de pie erguida. Con mi metro setenta, no era diminuta pero tampoco muy alta. De todos modos, seguía siendo mejor que estar en cuclillas en tanto este extraño se erigía delante de mí.

Mi expresión era desafiante. La suya estaba en blanco y por eso mismo me sorprendió cuando, sin preámbulo, dijo:

–Sabes cantar y componer.

Fruncí el ceño e incliné la cabeza un poco, estudiando su rostro.

–Lo sé –respondí al fin.

Sus labios se aplanaron y me pregunté si esa era su versión de una sonrisa.

–Permíteme invitarte un café.

Me invadió el recelo.

A pesar de mis mejores esfuerzos por mantenerme tan limpia como



me era posible, no podía deshacerme del aura de alguien que duerme en la calle. Tenía una mochila grande que llevaba a todos lados en la que guardaba mi tienda para una persona. Me duchaba una vez a la semana y, cuando no podía hacerlo, me limpiaba el cabello con un champú seco en aerosol barato que utilizaba con moderación. Era cuidadosa con las pocas camisetas y los dos jeans que tenía e intentaba mantenerlos lo más limpios posible; pero tenía una suciedad debajo de mis uñas de la que no podía librarme y, lo más importante, tampoco podía quitarme de los ojos las manchas duras de fría realidad.

Era indigente y la mayoría de las personas parecía percibirlo. Eso significaba que estaba acostumbrada a que se me acercaran hombres desconocidos y me hicieran ofertas como si fuera una prostituta.

—¿Por qué? —espeté. Lo odié como a todos los hombres que creían que podían aprovecharse de mí.

—No estoy buscando sexo —replicó con una expresión burlona—. Solo quiero hablar de tu música.

—¿Por qué?

—Deja que te compre un café y te lo explicaré.

—No bebo café.

Frunció el ceño y arrastró sus ojos por mi cuerpo otra vez, sin duda no de una manera sexual, pero sí insultante y despectiva.

—Entonces, guarda tu dinero y deja que te compre una comida caliente —dijo cuando nuestras miradas se encontraron.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

Consideré su propuesta, demasiado tentada. Era pleno día y estábamos en el centro de la ciudad. Si tenía planes perversos, no había mucho que pudiera hacerme. Eché un vistazo a la calle a mi izquierda. El cartel con franjas rojas y blancas de T.G.I Friday's me atraía como un imán.

Sin embargo, me detuvo la preocupación por cuál era su interés en mí y por si había descubierto mi secreto. Incliné la cabeza para esconderme detrás del sombrero que llevaba puesto.

—No, gracias. Encuentra otra manera de divertirme. —Pasé al lado de él sin mirarlo.

No gritó para que me volteara y cuanto más distancia ponía entre nosotros, más se aliviaba la tensión en los músculos de mi espalda. Mis hombros encorvados lentamente se relajaron y regresaron a su posición normal.

El sector norte de Buchanan Street iniciaba en una colina en la Real Sala de Conciertos de Glasgow y descendía en pendiente hasta aplanarse cerca de la mitad. Había estado cantando en la zona baja, así que tardé menos de cinco minutos en llegar a la parada de autobús a la izquierda de la concurrida Argyle Street y olvidarme del tipo ese. En mi nueva vida, solo tenía tiempo para preocuparme por lo esencial, y no por cosas triviales. Nunca hubiera imaginado que fuera tan liberador.

—¡Cantante callejera! —escuché camino a la parada.

Dos personas indigentes sentadas en bolsas de dormir afuera de la entrada del pasaje comercial de Argyle Street llamaron mi atención.

Como el autobús todavía no había llegado, caminé hacia Ham y Mandy. Los conocí no mucho después de que llegué a Glasgow y me di cuenta de que no tenía suficiente dinero para quedarme en una pensión. Creo que había estado durmiendo en mi tienda barata por una semana cuando se me acercaron un día mientras cantaba.

—Hola —saludé. Al acercarme y observarlos, una punzada de compasión me atravesó el pecho. Era extraño, pero no sentía que tuviéramos otra cosa en común además de ser indigentes. No podía imaginarme a mí misma tan abandonada como ellos.

—¿Cómo estás, cantante callejera? —Mandy me sonrió. Sus dientes estaban cubiertos de mugre y putrefacción; ya no me afectaba verlos.

Sin embargo, yo cambiaba el cepillo de dientes cada seis semanas. Aunque no compraba uno eléctrico, era mejor que nada. También utilizaba pequeños palillos descartables con hilo dental. Me ocupaba de mantener mis dientes y encías saludables.

—Tiene nombre, ¿sabes? —Ham la miró con los ojos en blanco.



Les había dicho que me llamaba *Sarah*.

–“Cantante callejera” se acerca más a la verdad –respondió con una sonrisa cómplice.

A ella no la engañaba. No creí que me reconociera, pero sabía que no me llamaba *Sarah*, y me avergonzaba la manera en que parecía poder mirar dentro de mí. De todos modos, me caía bien porque nunca me pedía más información.

–Ay, deja a la muchacha tranquila –replicó Ham. Él, cuyo apodo era la abreviación de su apellido Hamilton, no era el primer adicto a la heroína que conocía; sí el *más* trágico. Era alto, puro músculo y tatuajes. Tenía unos ojos verdes hermosos y su rostro hubiera sido muy apuesto de no ser por los efectos físicos de la droga. Estaba delgado, ojeroso, su tez tenía un color grisáceo y sus dientes estaban peor que los de Mandy. No solo eran amarillentos y lucían enfermos, sino que su colmillo izquierdo estaba roto y su incisivo derecho directamente no existía. Cuando nos conocimos, me contaron sus historias.

Mandy había huido de una vida familiar abusiva. El novio de su mamá abusaba sexualmente de ella a diario y su madre, enferma de celos, le gustaba golpearla como castigo, como si fuera su culpa. Me dio náuseas escucharla contar su pasado de una manera tan relajada. Era como si hubiera bloqueado sus emociones. Comprendía esa parte.

Mandy no era originaria de Glasgow, y dormir en las calles la llevó a prostituirse para sobrevivir. Había desarrollado una ansiedad severa y sufría de depresión. Estaba convencida de suicidarse si enfrentaba una experiencia sexual traumática más cuando conoció a Ham. Él era de un lugar llamado Ibrox, ubicado a menos de quince minutos del centro de la ciudad. Se hizo adicto a la heroína a los quince años y eso le costó su familia, la mayoría de sus amigos y su capacidad de conservar un empleo.

Mandy me dijo que no le importaba la adicción de Ham. Aun así, me sentía triste por ellos no solo por lo que habían vivido o porque dormían en la calle, sino también porque podía ver que él la amaba.

Pero aquel día, cuando Ham se alejó para hablar con un conocido, Mandy me contó que solo estaba con él porque la protegía de otros hombres y no le molestaba cuando ella tenía un mal día por su ansiedad sin tratar. “¿No lo quieres?”, le pregunté y me respondió: “como a un amigo”. Pero estaba claro que Mandy le ofrecía algo más que amistad a cambio de su protección. Quise llorar por ella porque seguía prostituyéndose... solo que de una manera distinta.

–¿Cómo están? –pregunté sin querer pasar demasiado tiempo con ellos porque, para mi gusto, eran una dosis demasiado alta de la fría y dura realidad.

Antes de que alguno de los dos pudiera responder, cayó la primera gota.

–Diablos. –Ham fulminó al cielo con la mirada–. Lo sabía.

–¿Van a buscar refugio?

–Es solo un poco de lluvia. Es el primer baño que tendré en días –rio Mandy.

–¿A dónde vas? –preguntó Ham.

Me encogí de hombros. No le decía a nadie en dónde acampaba.

–Iré a darme una ducha y a comprar algo de comer –respondí.

–¿Sigues sola? –Mandy me miró con el ceño fruncido de repente–. ¿Qué te dijimos sobre eso, cantante callejera? Necesitas un hombre. O una mujer. –Me miró con preocupación.

–O quédate con nosotros. Te protegeremos.

Sé que no había ninguna intención sexual en sus palabras, pero de todos modos sentí un escalofrío ante la idea. Ambos insistían en que era más vulnerable a un ataque estando sola. Habiendo deambulado por la ciudad durante varios meses, noté a muchas personas indigentes en pares o, como ellos sugerían, mujeres que acampaban en pequeños grupos.

Pero estaba siendo más inteligente que todos ellos. Dormía en donde nadie se aventuraba, lejos del centro de la ciudad. No necesitaba a otra persona para mantenerme a salvo.



–Luzco como si una brisa pudiera derribarme, pero es solo una fachada. Puedo defenderme, ¿saben? –Sonreí intentando tranquilizarlos mientras retrocedía un paso—. Puedo cuidarme. Lo prometo.

–¡Alguno de estos días tendrás problemas, cantante callejera! –gritó Mandy detrás de mí, y sus palabras sonaron proféticas. Sentí una ráfaga de escalofríos en la columna.

*Estás siendo absurda*, me dije a mí misma, quitándome de encima la sensación. Estaba bien.

No tenía sus problemas. Era inteligente porque, a pesar de mi edad, tenía mucha experiencia en la que respaldarme.

Esta era mi vida ahora. Me gustaba que fuera así. Me preocupaba por las cosas importantes, las necesidades básicas, y todas las demás porquerías desaparecieron. Seguiría siendo inteligente en tanto eso significara no tener que pensar en quién solía ser.

**E**l viaje en autobús hacia el norte solo tomaba quince minutos. Bajé en una parada cerca del centro de natación. Siempre iba allí porque estaba a diez minutos de la lavandería y a veinte de donde dormía.

Todos los sábados, la misma recepcionista se sentaba detrás del escritorio. Era una chica amable que con gentileza cuidaba mi guitarra una vez que pagaba la entrada. Había cierta tristeza en su sonrisa cuando me entregaba el boleto, así que sabía que no iba allí a nadar. De todos modos, me dejaba pasar.

Su amabilidad hacía cosquillear levemente a mi ego, pero, mientras avanzaba por el vestuario de mujeres, me recordé a mí misma que no tenía tiempo para ser orgullosa. Los pisos de cerámicos tenían charcos de agua dispersos y las paredes brillaban por la condensación. El aire del gran ambiente estaba cargado con el aroma a cloro, que en ese momento resultaba reconfortante. Encontré libre uno de los casilleros más grandes. Tomé mi champú y acondicionador baratos, una toalla, el gel de ducha, la crema de afeitarse y la rasuradora. Después de guardar la mochila en el casillero con cuidado para no dañar la tienda, me desvestí hasta quedar en ropa interior.

Cuando era chica, nunca me preocupé mucho por mi apariencia. En la adolescencia, aparecieron mis curvas delgadas. Siempre utilicé



talla cuatro y nadie mencionaba mi peso, por lo que nunca fue un factor importante. No encajaba con los chicos populares, pero tenía una banda, un grupo de amigos y estábamos demasiado ocupados concentrándonos en tener éxito en la industria de la música como para preocuparnos por las mismas cosas que nuestros pares. Solo me sentí insegura de mi apariencia cuando la banda despegó.

Cada vez que publicábamos algo en nuestro Instagram, hacían comentarios sobre cómo lucía en la foto. Si el ángulo era raro, ¿había subido de peso? ¿Estaba embarazada? ¿Quién era el padre? ¿Necesitaba operarme la nariz? Sería tan linda si me operara la nariz.

No todos eran negativos. La mayoría eran positivos. Otros, sexualmente espeluznantes e invasivos. Era increíble lo fácil que resultaba concentrarse en esos infelices y dejar que me afectaran cuando nunca antes me había preocupado por mi apariencia. También era desalentador que los comentarios negativos aumentaran si un tabloide anunciaba que estaba saliendo con algún famoso adorado por el público, porque nos habían fotografiado juntos. Hicieron eso algunas veces durante mi carrera. Las mujeres podían ser despiadadas cuando pensaban que no merecías a un chico con el que estaban obsesionadas. Triste, pero tan condenadamente cierto.

Ahora nada de eso merecía la pena. No era necesario.

Sabía que estaba demasiado delgada, pero si alguien me miraba mientras caminaba por el vestuario en mi ropa interior raída, llevando mis productos baratos, no lo veía. No me importaba.

Por suerte, encontré una ducha libre y entré. Sin prestarles atención a los mechones de cabellos de extrañas que obstruían el desagüe, cerré la cortina húmeda para tener privacidad. Después de quitarme con cuidado la ropa interior, la enrollé dentro de mi toalla y la apoyé afuera de la ducha con la esperanza de que no me la robaran.

Cuando sentí el agua caliente, cerré los ojos y me deleité con la sensación. No había nada como una ducha después de días y días sin bañarse. Antes no valoraba poder darme una ducha. Ahora, que

no era algo regular –y tenía suerte si lograba juntar suficiente dinero para hacerlo una vez por semana– sentía felicidad pura. Sin embargo, no podía disfrutarla por mucho tiempo porque siempre había alguien afuera esperando su turno.

Comencé a restregarme el cuerpo y el cabello. Luego me rasuré aunque Mandy me dijo que no me molestara, que el vello de las piernas te mantenía cálida en invierno. Había estado durmiendo en la calle desde finales de abril y hacía un frío infernal cuando caía el sol. Los veranos escoceses no eran calurosos durante la noche, pero se podía lidiar con ellos. Ahora era septiembre; en algunas pocas semanas, las temperaturas nocturnas no serían tan dóciles y estaba intentando no preocuparme por eso.

O por el hecho de que mi visa de turista estaba a punto de caducar.

Mientras sentía que se me revolvía el estómago, hice a un lado ese pensamiento. Me preocuparía cuando llegara el momento. Mi vida se trataba de resolver los problemas del día. Era sencillo. Fácil.

Después de la ducha, me sentí humana otra vez. Estiré una mano y me alegró que mis cosas siguieran allí. Me envolví en la toalla y salí de la ducha ignorando la mirada enojada de la mujer que esperaba su turno. Me encerré en un cubículo cercano para poder secarme en privado.

De vuelta en ropa interior, abandoné el refugio para quitar mis pertenencias del casillero. Una vez que me vestí, tomé el cepillo para el pelo.

Me sequé el cabello intentado no mirar demasiado al espejo.

La sensación de una mirada penetrante comenzó a irritarme hasta que no pude ignorarla. Desvié la vista de mi reflejo hacia una adolescente parada al lado mío. Me observaba boquiabierta, sus ojos brillaban por una emoción que reconocía. Me invadió el miedo, bajé la cabeza con rapidez y utilicé el secador de cabello de manera agresiva, como si eso acelerara el proceso de alguna manera.

Al final lo apagué. Sabía que seguía observándome.

Rayos.

